





## Los intereses y los principios.

Si no estuviéramos acostumbrados a la intemperancia, mejor dicho, a la violencia de lenguaje de los oradores y escritores autonomistas, algo nos hubiera sorprendido la lectura del artículo que con el rubro de "Favor de Sacta" nos enderezó *El Triunfo* de anteaño. Pero por larga que sea la costumbre que tenemos de oír los desahogos de esa gente, y por poco que con tal motivo nos llame la atención, aunque así tono sea el más destemplado posible, no podemos menos de observar que en estos últimos meses ha subido mucho el diapason de esos desahogos.

Se comprende. Una agrupación que tiene un punto de partida en un acto de benevolencia más parecido a una amnistía, y que de repente se vé objeto, no ya de condescendencia en extremo generosa, sino hasta de los mimos del poder; un partido que ha llevado su osadía hasta el extremo, no ya de justificar plenamente, sino de glorificar con el más desahogado entusiasmo la iniqua y traicionera insurrección de Yara, todo con la más completa impunidad; un partido que cuando más avanza en la manifestación de la verdadera naturaleza de sus insubordinaciones, encuentra que tanto más retrocede la institución que debería ponerle coto; un partido, en fin, que vé premiados los esfuerzos de sus corifeos, en lugar de verlos contenidos con la severidad merecida, ¿qué tiene de particular que se presente cada día más y más osado, agresivo y exigente?

Dadas, pues, estas consideraciones, que podríamos prolongar muchísimo como saben bien nuestros lectores, no sólo no nos sorprende la subida de tono de los escritos autonomistas, sino que encontramos grandemente lógico mucho de lo que está actualmente pasando, y de otro modo no tendríamos explicación. Cándidos por demás seríamos si nos sorprendiéramos al ver que las causas que están en juego producen sus naturales efectos. Quizás días de mucho tengamos ocasión de explicarnos largamente sobre este punto, que es de vital interés, y que ahora no hacemos más que indicar.

El artículo del *Triunfo*, mejor dicho, su violenta diatriba contra *La Voz de Cuba*, toca un número considerable de asuntos, y sería en extremo larga y pesada la tarea de su completa refutación. Sería, además, poco fructuosa. Preferimos, por lo tanto, ocuparnos de algunas de las proposiciones que en su discurso se asientan, y que, como chispas escapadas de un montón de cenizas al parecer frías, revelan el fuego devorador que debajo de ellas se esconde.

Una de las aseveraciones que en son de reprimenda acerca nos dirige *El Triunfo*, es la de que *La Voz de Cuba* no defiende principios, sino intereses. Y como esto, según *El Triunfo*, es una cosa tan mala; y como él se jacta de hacer siempre todo lo contrario de lo que *La Voz de Cuba* hace, claro es que lo que él defiende no son los intereses, sino los principios. Es decir que, según el gran diario autonomista, él y nosotros representamos y defendemos cosas muy diferentes: él representa y defiende los principios, mientras que nosotros representamos y defendemos los intereses.

Esta afirmación no es nuestra: es del *Triunfo*, y por cierto que estamos poco dispuestos a contradecirla. El diario autonomista ha dicho en ella mucho más de lo que le convenía decir. Ha revelado su filiación revolucionaria. Ha señalado la diferencia fundamental entre los partidos revolucionarios y los conservadores, y esto es lo que vamos a poner en claro.

La revolución, donde quiera que se ha presentado disputando a fuego y sangre el dominio de la sociedad, lo ha hecho siempre invocando los principios, sobre todo los principios abstractos. Ya ha sido la soberanía del pueblo; ya el Contrato Social; ya la libertad, la igualdad y la fraternidad; el principio siempre y ante todo. Y a nombre de este principio se han derribado los poderes públicos, se han derrocado las instituciones, se ha transformado profundamente la sociedad, se han inundado en sangre los países y se les ha cubierto de cenizas y escombros, y se han destruido todos los edificios existentes; en una palabra, se ha hecho tabla rasa de todo. Y sobre escombros de ruinas calcinadas y empapadas en sangre, sobre ese campo de desolación y horrores, la revolución ha pretendido levantar después el edificio de su utópica creación. Sus esfuerzos, empero, han sido vanos. La fuerza salvaje que solo sirve para demoler, no tiene la virtud de poder reconstruir. Esto sería contrario a la naturaleza de las cosas, y no alcanza a tanto el poder de la revolución.

El procedimiento revolucionario es idéntico en todas partes. Empezando haciendo la crítica de las imperfecciones sociales y de los desecios administrativos que por desgracia donde quiera abundan, y logra hacerse oír, porque esas imperfecciones y desecios a los dos afectan y todos quisieran verlos desaparecer. En segunda instancia esas imperfecciones y desecios al olvido de los principios, y proclama con voz estentorea que solo en la exacta observancia de esos principios puede encontrarse la salvación social.

Luego formula esos principios, pero tiene buen cuidado de hacerlo solamente en fórmulas abstractas y halagadoras para los entendimientos escasos y las pasiones desahogadas. Por ejemplo, los derechos del hombre; ¿puede haber nada más halagador para aquellos que, sintiendo todo el peso de las imperfecciones sociales, se abusa de la cordelia de su inteligencia para hacer creer que todos los males que sufren, son consecuencia inflexible del desconocimiento de sus derechos, y que tan pronto como estos sean reconocidos y se hallen en pleno ejercicio, cesará su mal estar y se convertirá en felicidad incomparable?

¿Qué promesa más seductora para el infeliz sumido en la mayor pobreza, que el ofrecerse una buena parte de los bienes que poseen los que se hallan más favorecidos por la fortuna? Ni ¿qué principio más halagador para ellos que el de que esos bienes les pertenecen de derecho, porque la riqueza aumentada, ó sea la propiedad, no es más que una retribución del bien común, ó, como más desahogadamente dice Proudhon, no es más que un robo?

Tal es la naturaleza de los principios en que la revolución se apoya casi siempre para trastornar las sociedades; tal es la naturaleza de las promesas que constantemente hace resonar en los oídos de los que con más ó menos razón pueden llamarse desahogados de la fortuna, para conseguir su apoyo en los días nefastos de los tumultos populares. Poco le importa a la revolución que sus promesas sean de imposible cumplimiento: poco le importa que la suerte del pueblo a quien procura extraviar, en vez de mejorar empeore con el trastorno realizado. Poco le importa que los capitales huyan de un país en revolución, que la industria se paralice y deje sin comer y en el último extremo a los que vivían de ella, ni que el comercio suspenda sus operaciones, y que de este modo vayan secándose una tras otra, no ya las fuentes de la pública prosperidad, sino las arterias todas que llevan la circulación vital al cuerpo social, y que por lo tanto, este sea amenazado de muerte. ¿Qué le importa a la revolución la prosperidad ni la vida del pueblo? ¿Qué le importa a los jacobinos franceses la sangre a ríos de la completa refutación. Sería, además, poco fructuosa. Preferimos, por lo tanto, ocuparnos de algunas de las proposiciones que en su discurso se asientan, y que, como chispas escapadas de un montón de cenizas al parecer frías, revelan el fuego devorador que debajo de ellas se esconde.

Una de las aseveraciones que en son de reprimenda acerca nos dirige *El Triunfo*, es la de que *La Voz de Cuba* no defiende principios, sino intereses. Y como esto, según *El Triunfo*, es una cosa tan mala; y como él se jacta de hacer siempre todo lo contrario de lo que *La Voz de Cuba* hace, claro es que lo que él defiende no son los intereses, sino los principios. Es decir que, según el gran diario autonomista, él y nosotros representamos y defendemos cosas muy diferentes: él representa y defiende los principios, mientras que nosotros representamos y defendemos los intereses.

Esta afirmación no es nuestra: es del *Triunfo*, y por cierto que estamos poco dispuestos a contradecirla. El diario autonomista ha dicho en ella mucho más de lo que le convenía decir. Ha revelado su filiación revolucionaria. Ha señalado la diferencia fundamental entre los partidos revolucionarios y los conservadores, y esto es lo que vamos a poner en claro.

La revolución, donde quiera que se ha presentado disputando a fuego y sangre el dominio de la sociedad, lo ha hecho siempre invocando los principios, sobre todo los principios abstractos. Ya ha sido la soberanía del pueblo; ya el Contrato Social; ya la libertad, la igualdad y la fraternidad; el principio siempre y ante todo. Y a nombre de este principio se han derribado los poderes públicos, se han derrocado las instituciones, se ha transformado profundamente la sociedad, se han inundado en sangre los países y se les ha cubierto de cenizas y escombros, y se han destruido todos los edificios existentes; en una palabra, se ha hecho tabla rasa de todo. Y sobre escombros de ruinas calcinadas y empapadas en sangre, sobre ese campo de desolación y horrores, la revolución ha pretendido levantar después el edificio de su utópica creación. Sus esfuerzos, empero, han sido vanos. La fuerza salvaje que solo sirve para demoler, no tiene la virtud de poder reconstruir. Esto sería contrario a la naturaleza de las cosas, y no alcanza a tanto el poder de la revolución.

El procedimiento revolucionario es idéntico en todas partes. Empezando haciendo la crítica de las imperfecciones sociales y de los desecios administrativos que por desgracia donde quiera abundan, y logra hacerse oír, porque esas imperfecciones y desecios a los dos afectan y todos quisieran verlos desaparecer. En segunda instancia esas imperfecciones y desecios al olvido de los principios, y proclama con voz estentorea que solo en la exacta observancia de esos principios puede encontrarse la salvación social.

Luego formula esos principios, pero tiene buen cuidado de hacerlo solamente en fórmulas abstractas y halagadoras para los entendimientos escasos y las pasiones desahogadas. Por ejemplo, los derechos del hombre; ¿puede haber nada más halagador para aquellos que, sintiendo todo el peso de las imperfecciones sociales, se abusa de la cordelia de su inteligencia para hacer creer que todos los males que sufren, son consecuencia inflexible del desconocimiento de sus derechos, y que tan pronto como estos sean reconocidos y se hallen en pleno ejercicio, cesará su mal estar y se convertirá en felicidad incomparable?

¿Qué promesa más seductora para el infeliz sumido en la mayor pobreza, que el ofrecerse una buena parte de los bienes que poseen los que se hallan más favorecidos por la fortuna? Ni ¿qué principio más halagador para ellos que el de que esos bienes les pertenecen de derecho, porque la riqueza aumentada, ó sea la propiedad, no es más que una retribución del bien común, ó, como más desahogadamente dice Proudhon, no es más que un robo?

Tal es la naturaleza de los principios en que la revolución se apoya casi siempre para trastornar las sociedades; tal es la naturaleza de las promesas que constantemente hace resonar en los oídos de los que con más ó menos razón pueden llamarse desahogados de la fortuna, para conseguir su apoyo en los días nefastos de los tumultos populares. Poco le importa a la revolución que sus promesas sean de imposible cumplimiento: poco le importa que la suerte del pueblo a quien procura extraviar, en vez de mejorar empeore con el trastorno realizado. Poco le importa que los capitales huyan de un país en revolución, que la industria se paralice y deje sin comer y en el último extremo a los que vivían de ella, ni que el comercio suspenda sus operaciones, y que de este modo vayan secándose una tras otra, no ya las fuentes de la pública prosperidad, sino las arterias todas que llevan la circulación vital al cuerpo social, y que por lo tanto, este sea amenazado de muerte. ¿Qué le importa a la revolución la prosperidad ni la vida del pueblo? ¿Qué le importa a los jacobinos franceses la sangre a ríos de la completa refutación. Sería, además, poco fructuosa. Preferimos, por lo tanto, ocuparnos de algunas de las proposiciones que en su discurso se asientan, y que, como chispas escapadas de un montón de cenizas al parecer frías, revelan el fuego devorador que debajo de ellas se esconde.

Una de las aseveraciones que en son de reprimenda acerca nos dirige *El Triunfo*, es la de que *La Voz de Cuba* no defiende principios, sino intereses. Y como esto, según *El Triunfo*, es una cosa tan mala; y como él se jacta de hacer siempre todo lo contrario de lo que *La Voz de Cuba* hace, claro es que lo que él defiende no son los intereses, sino los principios. Es decir que, según el gran diario autonomista, él y nosotros representamos y defendemos cosas muy diferentes: él representa y defiende los principios, mientras que nosotros representamos y defendemos los intereses.

Esta afirmación no es nuestra: es del *Triunfo*, y por cierto que estamos poco dispuestos a contradecirla. El diario autonomista ha dicho en ella mucho más de lo que le convenía decir. Ha revelado su filiación revolucionaria. Ha señalado la diferencia fundamental entre los partidos revolucionarios y los conservadores, y esto es lo que vamos a poner en claro.

La revolución, donde quiera que se ha presentado disputando a fuego y sangre el dominio de la sociedad, lo ha hecho siempre invocando los principios, sobre todo los principios abstractos. Ya ha sido la soberanía del pueblo; ya el Contrato Social; ya la libertad, la igualdad y la fraternidad; el principio siempre y ante todo. Y a nombre de este principio se han derribado los poderes públicos, se han derrocado las instituciones, se ha transformado profundamente la sociedad, se han inundado en sangre los países y se les ha cubierto de cenizas y escombros, y se han destruido todos los edificios existentes; en una palabra, se ha hecho tabla rasa de todo. Y sobre escombros de ruinas calcinadas y empapadas en sangre, sobre ese campo de desolación y horrores, la revolución ha pretendido levantar después el edificio de su utópica creación. Sus esfuerzos, empero, han sido vanos. La fuerza salvaje que solo sirve para demoler, no tiene la virtud de poder reconstruir. Esto sería contrario a la naturaleza de las cosas, y no alcanza a tanto el poder de la revolución.

El procedimiento revolucionario es idéntico en todas partes. Empezando haciendo la crítica de las imperfecciones sociales y de los desecios administrativos que por desgracia donde quiera abundan, y logra hacerse oír, porque esas imperfecciones y desecios a los dos afectan y todos quisieran verlos desaparecer. En segunda instancia esas imperfecciones y desecios al olvido de los principios, y proclama con voz estentorea que solo en la exacta observancia de esos principios puede encontrarse la salvación social.

Luego formula esos principios, pero tiene buen cuidado de hacerlo solamente en fórmulas abstractas y halagadoras para los entendimientos escasos y las pasiones desahogadas. Por ejemplo, los derechos del hombre; ¿puede haber nada más halagador para aquellos que, sintiendo todo el peso de las imperfecciones sociales, se abusa de la cordelia de su inteligencia para hacer creer que todos los males que sufren, son consecuencia inflexible del desconocimiento de sus derechos, y que tan pronto como estos sean reconocidos y se hallen en pleno ejercicio, cesará su mal estar y se convertirá en felicidad incomparable?

¿Qué promesa más seductora para el infeliz sumido en la mayor pobreza, que el ofrecerse una buena parte de los bienes que poseen los que se hallan más favorecidos por la fortuna? Ni ¿qué principio más halagador para ellos que el de que esos bienes les pertenecen de derecho, porque la riqueza aumentada, ó sea la propiedad, no es más que una retribución del bien común, ó, como más desahogadamente dice Proudhon, no es más que un robo?

Tal es la naturaleza de los principios en que la revolución se apoya casi siempre para trastornar las sociedades; tal es la naturaleza de las promesas que constantemente hace resonar en los oídos de los que con más ó menos razón pueden llamarse desahogados de la fortuna, para conseguir su apoyo en los días nefastos de los tumultos populares. Poco le importa a la revolución que sus promesas sean de imposible cumplimiento: poco le importa que la suerte del pueblo a quien procura extraviar, en vez de mejorar empeore con el trastorno realizado. Poco le importa que los capitales huyan de un país en revolución, que la industria se paralice y deje sin comer y en el último extremo a los que vivían de ella, ni que el comercio suspenda sus operaciones, y que de este modo vayan secándose una tras otra, no ya las fuentes de la pública prosperidad, sino las arterias todas que llevan la circulación vital al cuerpo social, y que por lo tanto, este sea amenazado de muerte. ¿Qué le importa a la revolución la prosperidad ni la vida del pueblo? ¿Qué le importa a los jacobinos franceses la sangre a ríos de la completa refutación. Sería, además, poco fructuosa. Preferimos, por lo tanto, ocuparnos de algunas de las proposiciones que en su discurso se asientan, y que, como chispas escapadas de un montón de cenizas al parecer frías, revelan el fuego devorador que debajo de ellas se esconde.

Una de las aseveraciones que en son de reprimenda acerca nos dirige *El Triunfo*, es la de que *La Voz de Cuba* no defiende principios, sino intereses. Y como esto, según *El Triunfo*, es una cosa tan mala; y como él se jacta de hacer siempre todo lo contrario de lo que *La Voz de Cuba* hace, claro es que lo que él defiende no son los intereses, sino los principios. Es decir que, según el gran diario autonomista, él y nosotros representamos y defendemos cosas muy diferentes: él representa y defiende los principios, mientras que nosotros representamos y defendemos los intereses.

Esta afirmación no es nuestra: es del *Triunfo*, y por cierto que estamos poco dispuestos a contradecirla. El diario autonomista ha dicho en ella mucho más de lo que le convenía decir. Ha revelado su filiación revolucionaria. Ha señalado la diferencia fundamental entre los partidos revolucionarios y los conservadores, y esto es lo que vamos a poner en claro.

La revolución, donde quiera que se ha presentado disputando a fuego y sangre el dominio de la sociedad, lo ha hecho siempre invocando los principios, sobre todo los principios abstractos. Ya ha sido la soberanía del pueblo; ya el Contrato Social; ya la libertad, la igualdad y la fraternidad; el principio siempre y ante todo. Y a nombre de este principio se han derribado los poderes públicos, se han derrocado las instituciones, se ha transformado profundamente la sociedad, se han inundado en sangre los países y se les ha cubierto de cenizas y escombros, y se han destruido todos los edificios existentes; en una palabra, se ha hecho tabla rasa de todo. Y sobre escombros de ruinas calcinadas y empapadas en sangre, sobre ese campo de desolación y horrores, la revolución ha pretendido levantar después el edificio de su utópica creación. Sus esfuerzos, empero, han sido vanos. La fuerza salvaje que solo sirve para demoler, no tiene la virtud de poder reconstruir. Esto sería contrario a la naturaleza de las cosas, y no alcanza a tanto el poder de la revolución.

El procedimiento revolucionario es idéntico en todas partes. Empezando haciendo la crítica de las imperfecciones sociales y de los desecios administrativos que por desgracia donde quiera abundan, y logra hacerse oír, porque esas imperfecciones y desecios a los dos afectan y todos quisieran verlos desaparecer. En segunda instancia esas imperfecciones y desecios al olvido de los principios, y proclama con voz estentorea que solo en la exacta observancia de esos principios puede encontrarse la salvación social.

Luego formula esos principios, pero tiene buen cuidado de hacerlo solamente en fórmulas abstractas y halagadoras para los entendimientos escasos y las pasiones desahogadas. Por ejemplo, los derechos del hombre; ¿puede haber nada más halagador para aquellos que, sintiendo todo el peso de las imperfecciones sociales, se abusa de la cordelia de su inteligencia para hacer creer que todos los males que sufren, son consecuencia inflexible del desconocimiento de sus derechos, y que tan pronto como estos sean reconocidos y se hallen en pleno ejercicio, cesará su mal estar y se convertirá en felicidad incomparable?

¿Qué promesa más seductora para el infeliz sumido en la mayor pobreza, que el ofrecerse una buena parte de los bienes que poseen los que se hallan más favorecidos por la fortuna? Ni ¿qué principio más halagador para ellos que el de que esos bienes les pertenecen de derecho, porque la riqueza aumentada, ó sea la propiedad, no es más que una retribución del bien común, ó, como más desahogadamente dice Proudhon, no es más que un robo?

Tal es la naturaleza de los principios en que la revolución se apoya casi siempre para trastornar las sociedades; tal es la naturaleza de las promesas que constantemente hace resonar en los oídos de los que con más ó menos razón pueden llamarse desahogados de la fortuna, para conseguir su apoyo en los días nefastos de los tumultos populares. Poco le importa a la revolución que sus promesas sean de imposible cumplimiento: poco le importa que la suerte del pueblo a quien procura extraviar, en vez de mejorar empeore con el trastorno realizado. Poco le importa que los capitales huyan de un país en revolución, que la industria se paralice y deje sin comer y en el último extremo a los que vivían de ella, ni que el comercio suspenda sus operaciones, y que de este modo vayan secándose una tras otra, no ya las fuentes de la pública prosperidad, sino las arterias todas que llevan la circulación vital al cuerpo social, y que por lo tanto, este sea amenazado de muerte. ¿Qué le importa a la revolución la prosperidad ni la vida del pueblo? ¿Qué le importa a los jacobinos franceses la sangre a ríos de la completa refutación. Sería, además, poco fructuosa. Preferimos, por lo tanto, ocuparnos de algunas de las proposiciones que en su discurso se asientan, y que, como chispas escapadas de un montón de cenizas al parecer frías, revelan el fuego devorador que debajo de ellas se esconde.

Una de las aseveraciones que en son de reprimenda acerca nos dirige *El Triunfo*, es la de que *La Voz de Cuba* no defiende principios, sino intereses. Y como esto, según *El Triunfo*, es una cosa tan mala; y como él se jacta de hacer siempre todo lo contrario de lo que *La Voz de Cuba* hace, claro es que lo que él defiende no son los intereses, sino los principios. Es decir que, según el gran diario autonomista, él y nosotros representamos y defendemos cosas muy diferentes: él representa y defiende los principios, mientras que nosotros representamos y defendemos los intereses.

Esta afirmación no es nuestra: es del *Triunfo*, y por cierto que estamos poco dispuestos a contradecirla. El diario autonomista ha dicho en ella mucho más de lo que le convenía decir. Ha revelado su filiación revolucionaria. Ha señalado la diferencia fundamental entre los partidos revolucionarios y los conservadores, y esto es lo que vamos a poner en claro.

La revolución, donde quiera que se ha presentado disputando a fuego y sangre el dominio de la sociedad, lo ha hecho siempre invocando los principios, sobre todo los principios abstractos. Ya ha sido la soberanía del pueblo; ya el Contrato Social; ya la libertad, la igualdad y la fraternidad; el principio siempre y ante todo. Y a nombre de este principio se han derribado los poderes públicos, se han derrocado las instituciones, se ha transformado profundamente la sociedad, se han inundado en sangre los países y se les ha cubierto de cenizas y escombros, y se han destruido todos los edificios existentes; en una palabra, se ha hecho tabla rasa de todo. Y sobre escombros de ruinas calcinadas y empapadas en sangre, sobre ese campo de desolación y horrores, la revolución ha pretendido levantar después el edificio de su utópica creación. Sus esfuerzos, empero, han sido vanos. La fuerza salvaje que solo sirve para demoler, no tiene la virtud de poder reconstruir. Esto sería contrario a la naturaleza de las cosas, y no alcanza a tanto el poder de la revolución.

El procedimiento revolucionario es idéntico en todas partes. Empezando haciendo la crítica de las imperfecciones sociales y de los desecios administrativos que por desgracia donde quiera abundan, y logra hacerse oír, porque esas imperfecciones y desecios a los dos afectan y todos quisieran verlos desaparecer. En segunda instancia esas imperfecciones y desecios al olvido de los principios, y proclama con voz estentorea que solo en la exacta observancia de esos principios puede encontrarse la salvación social.

Luego formula esos principios, pero tiene buen cuidado de hacerlo solamente en fórmulas abstractas y halagadoras para los entendimientos escasos y las pasiones desahogadas. Por ejemplo, los derechos del hombre; ¿puede haber nada más halagador para aquellos que, sintiendo todo el peso de las imperfecciones sociales, se abusa de la cordelia de su inteligencia para hacer creer que todos los males que sufren, son consecuencia inflexible del desconocimiento de sus derechos, y que tan pronto como estos sean reconocidos y se hallen en pleno ejercicio, cesará su mal estar y se convertirá en felicidad incomparable?

¿Qué promesa más seductora para el infeliz sumido en la mayor pobreza, que el ofrecerse una buena parte de los bienes que poseen los que se hallan más favorecidos por la fortuna? Ni ¿qué principio más halagador para ellos que el de que esos bienes les pertenecen de derecho, porque la riqueza aumentada, ó sea la propiedad, no es más que una retribución del bien común, ó, como más desahogadamente dice Proudhon, no es más que un robo?

Tal es la naturaleza de los principios en que la revolución se apoya casi siempre para trastornar las sociedades; tal es la naturaleza de las promesas que constantemente hace resonar en los oídos de los que con más ó menos razón pueden llamarse desahogados de la fortuna, para conseguir su apoyo en los días nefastos de los tumultos populares. Poco le importa a la revolución que sus promesas sean de imposible cumplimiento: poco le importa que la suerte del pueblo a quien procura extraviar, en vez de mejorar empeore con el trastorno realizado. Poco le importa que los capitales huyan de un país en revolución, que la industria se paralice y deje sin comer y en el último extremo a los que vivían de ella, ni que el comercio suspenda sus operaciones, y que de este modo vayan secándose una tras otra, no ya las fuentes de la pública prosperidad, sino las arterias todas que llevan la circulación vital al cuerpo social, y que por lo tanto, este sea amenazado de muerte. ¿Qué le importa a la revolución la prosperidad ni la vida del pueblo? ¿Qué le importa a los jacobinos franceses la sangre a ríos de la completa refutación. Sería, además, poco fructuosa. Preferimos, por lo tanto, ocuparnos de algunas de las proposiciones que en su discurso se asientan, y que, como chispas escapadas de un montón de cenizas al parecer frías, revelan el fuego devorador que debajo de ellas se esconde.

Una de las aseveraciones que en son de reprimenda acerca nos dirige *El Triunfo*, es la de que *La Voz de Cuba* no defiende principios, sino intereses. Y como esto, según *El Triunfo*, es una cosa tan mala; y como él se jacta de hacer siempre todo lo contrario de lo que *La Voz de Cuba* hace, claro es que lo que él defiende no son los intereses, sino los principios. Es decir que, según el gran diario autonomista, él y nosotros representamos y defendemos cosas muy diferentes: él representa y defiende los principios, mientras que nosotros representamos y defendemos los intereses.

## Otra vez "La Conversión de Abonados".

Habiendo tenido conocimiento de que la Junta de la Deuda acordó reunirse con el fin de determinar lo que correspondía acerca de las reclamaciones concernientes al ramo de Guerra, y que hoy se hallan en suspenso y conociendo ya por el momento la falta de un dato imprescindible, el *Eco Militar*, el fundamento de las principales dudas que se ofrecen para la admisión de los abonados, dudas que, con gusto, venimos concretadas; estimamos muy conveniente hacer una ligera clasificación de los créditos que dichos documentos representan.

Tres diferentes conceptos abarcan, a saber: una, que comprende los alcances ó sueldos de individuos licenciados, retirados del servicio y pertenecientes al cuadro activo, que no han podido abonarse oportunamente por no haber recibido los cuerpos las cantidades correspondientes de la Hacienda.

Otro, que comprende los alcances de los individuos fallecidos; si bien la mayor parte de estos debitos solo están representados por los respectivos ajustes, pues no se llegó a expedir abonados.

Y otro, que es el representado por los comerciantes ó particulares que suplieron los créditos, y este en su mayor parte, completo a los cuerpos, ó sea dinero efectivo, vivieres puros y calzado.

Acercos de los comprendidos en los dos primeros grupos, nos dice el citado colega, que como el artículo 82 de la Ley determina que las reclamaciones de dicha clase sean hechas por el competente al jefe de la Junta de la Deuda, y si la ciudadadía, el recibio de los abonados.

Nosotros no vemos en esto más que una falta de previsión de la Ley, que el buen juicio de las autoridades debe subsanar. Como la inmensa mayoría de los licenciados, retirados, y de los que carecen de la Península, se hallan en el extranjero, si no en el extranjero que en esta Isla también existen varios interesados; pero como las atribuciones de la ciudadadía de Ultramar son de puro trámite y tienen por objeto facilitar los medios de que las reclamaciones lleguen a la Junta de la Deuda, que en esta materia, como en todas las demás, es la que debe decidir, determinando la inmediata admisión de todas las reclamaciones de individuos residentes en estas provincias, sin sujetarlas a aquel innecesario trámite, tanto porque en esta Isla existen los antecedentes necesarios para reconocer la legitimidad de los créditos, y que en consecuencia, de esos datos carece la ciudadadía de Ultramar, como por la imposibilidad material en que ya los interesados se encuentran de dirigir sus peticiones a la misma, para que ella después las remita a esta Isla.

Por lo que concierne a los abonados expedidos a favor de comerciantes y particulares, como en esta materia, como en todas las demás, es la que debe decidir, determinando la inmediata admisión de todas las reclamaciones de individuos residentes en estas provincias, sin sujetarlas a aquel innecesario trámite, tanto porque en esta Isla existen los antecedentes necesarios para reconocer la legitimidad de los créditos, y que en consecuencia, de esos datos carece la ciudadadía de Ultramar, como por la imposibilidad material en que ya los interesados se encuentran de dirigir sus peticiones a la misma, para que ella después las remita a esta Isla.

Por lo que concierne a los abonados expedidos a favor de comerciantes y particulares, como en esta materia, como en todas las demás, es la que debe decidir, determinando la inmediata admisión de todas las reclamaciones de individuos residentes en estas provincias, sin sujetarlas a aquel innecesario trámite, tanto porque en esta Isla existen los antecedentes necesarios para reconocer la legitimidad de los créditos, y que en consecuencia, de esos datos carece la ciudadadía de Ultramar, como por la imposibilidad material en que ya los interesados se encuentran de dirigir sus peticiones a la misma, para que ella después las remita a esta Isla.

Por lo que concierne a los abonados expedidos a favor de comerciantes y particulares, como en esta materia, como en todas las demás, es la que debe decidir, determinando la inmediata admisión de todas las reclamaciones de individuos residentes en estas provincias, sin sujetarlas a aquel innecesario trámite, tanto porque en esta Isla existen los antecedentes necesarios para reconocer la legitimidad de los créditos, y que en consecuencia, de esos datos carece la ciudadadía de Ultramar, como por la imposibilidad material en que ya los interesados se encuentran de dirigir sus peticiones a la misma, para que ella después las remita a esta Isla.

Por lo que concierne a los abonados expedidos a favor de comerciantes y particulares, como en esta materia, como en todas las demás, es la que debe decidir, determinando la inmediata admisión de todas las reclamaciones de individuos residentes en estas provincias, sin sujetarlas a aquel innecesario trámite, tanto porque en esta Isla existen los antecedentes necesarios para reconocer la legitimidad de los créditos, y que en consecuencia, de esos datos carece la ciudadadía de Ultramar, como por la imposibilidad material en que ya los interesados se encuentran de dirigir sus peticiones a la misma, para que ella después las remita a esta Isla.

Por lo que concierne a los abonados expedidos a favor de comerciantes y particulares, como en esta materia, como en todas las demás, es la que debe decidir, determinando la inmediata admisión de todas las reclamaciones de individuos residentes en estas provincias, sin sujetarlas a aquel innecesario trámite, tanto porque en esta Isla existen los antecedentes necesarios para reconocer la legitimidad de los créditos, y que en consecuencia, de esos datos carece la ciudadadía de Ultramar, como por la imposibilidad material en que ya los interesados se encuentran de dirigir sus peticiones a la misma, para que ella después las remita a esta Isla.

Por lo que concierne a los abonados expedidos a favor de comerciantes y particulares, como en esta materia, como en todas las demás, es la que debe decidir, determinando la inmediata admisión de todas las reclamaciones de individuos residentes en estas provincias, sin sujetarlas a aquel innecesario trámite, tanto porque en esta Isla existen los antecedentes necesarios para reconocer la legitimidad de los créditos, y que en consecuencia, de esos datos carece la ciudadadía de Ultramar, como por la imposibilidad material en que ya los interesados se encuentran de dirigir sus peticiones a la misma, para que ella después las remita a esta Isla.

Por lo que concierne a los abonados expedidos a favor de comerciantes y particulares, como en esta materia, como en todas las demás, es la que debe decidir, determinando la inmediata admisión de todas las reclamaciones de individuos residentes en estas provincias, sin sujetarlas a aquel innecesario trámite, tanto porque en esta Isla existen los antecedentes necesarios para reconocer la legitimidad de los créditos, y que en consecuencia, de esos datos carece la ciudadadía de Ultramar, como por la imposibilidad material en que ya los interesados se encuentran de dirigir sus peticiones a la misma, para que ella después las remita a esta Isla.

Por lo que concierne a los abonados expedidos a favor de comerciantes y particulares, como en esta materia, como en todas las demás, es la que debe decidir, determinando la inmediata admisión de todas las reclamaciones de individuos residentes en estas provincias, sin sujetarlas a aquel innecesario trámite, tanto porque en esta Isla existen los antecedentes necesarios para reconocer la legitimidad de los créditos, y que en consecuencia, de esos datos carece la ciudadadía de Ultramar, como por la imposibilidad material en que ya los interesados se encuentran de dirigir sus peticiones a la misma, para que ella después las remita a esta Isla.

Por lo que concierne a los abonados expedidos a favor de comerciantes y particulares, como en esta materia, como en todas las demás, es la que debe decidir, determinando la inmediata admisión de todas las reclamaciones de individuos residentes en estas provincias, sin sujetarlas a aquel innecesario trámite, tanto porque en esta Isla existen los antecedentes necesarios para reconocer la legitimidad de los créditos, y que en consecuencia, de esos datos carece la ciudadadía de Ultramar, como por la imposibilidad material en que ya los interesados se encuentran de dirigir sus peticiones a la misma, para que ella después las remita a esta Isla.

Por lo que concierne a los abonados expedidos a favor de comerciantes y particulares, como en esta materia, como en todas las demás, es la que debe decidir, determinando la inmediata admisión de todas las reclamaciones de individuos residentes en estas provincias, sin sujetarlas a aquel innecesario trámite, tanto porque en esta Isla existen los antecedentes necesarios para reconocer la legitimidad de los créditos, y que en consecuencia, de esos datos carece la ciudadadía de Ultramar, como por la imposibilidad material en que ya los interesados se encuentran de dirigir sus peticiones a la misma, para que ella después las remita a esta Isla.

Por lo que concierne a los abonados expedidos a favor de comerciantes y particulares, como en esta materia, como en todas las demás, es la que debe decidir, determinando la inmediata admisión de todas las reclamaciones de individuos residentes en estas provincias, sin sujetarlas a aquel innecesario trámite, tanto porque en esta Isla existen los antecedentes necesarios para reconocer la legitimidad de los créditos, y que en consecuencia, de esos datos carece la ciudadadía de Ultramar, como por la imposibilidad material en que ya los interesados se encuentran de dirigir sus peticiones a la misma, para que ella después las remita a esta Isla.

Por lo que concierne a los abonados expedidos a favor de comerciantes y particulares, como en esta materia, como en todas las demás, es la que debe decidir, determinando la inmediata admisión de todas las reclamaciones de individuos residentes en estas provincias, sin sujetarlas a aquel innecesario trámite, tanto porque en esta Isla existen los antecedentes necesarios para reconocer la legitimidad de los créditos, y que en consecuencia, de esos datos carece la ciudadadía de Ultramar, como por la imposibilidad material en que ya los interesados se encuentran de dirigir sus peticiones a la misma, para que ella después las remita a esta Isla.

Por lo que concierne a los abonados expedidos a favor de comerciantes y particulares, como en esta materia, como en todas las demás, es la que debe decidir, determinando la inmediata admisión de todas las reclamaciones de individuos residentes en estas provincias, sin sujetarlas a aquel innecesario trámite, tanto porque en esta Isla existen los antecedentes necesarios para reconocer la legitimidad de los créditos, y que en consecuencia, de esos datos carece la ciudadadía de Ultramar, como por la imposibilidad material en que ya los interesados se encuentran de dirigir sus peticiones a la misma, para que ella después las remita a esta Isla.

Por lo que concierne a los abonados expedidos a favor de comerciantes y particulares, como en esta materia, como en todas las demás, es la que debe decidir, determinando la inmediata admisión de todas las reclamaciones de individuos residentes en estas provincias, sin sujetarlas a aquel innecesario trámite, tanto porque en esta Isla existen los antecedentes necesarios para reconocer la legitimidad de los créditos, y que en consecuencia, de esos datos carece la ciudadadía de Ultramar, como por la imposibilidad material en que ya los interesados se encuentran de dirigir sus peticiones a la misma, para que ella después las remita a esta Isla.

Por lo que concierne a los abonados expedidos a favor de comerciantes y particulares, como en esta materia, como en todas las demás, es la que debe decidir, determinando la inmediata admisión de todas las reclamaciones de individuos residentes en estas provincias, sin sujetarlas a aquel innecesario trámite, tanto porque en esta Isla existen los antecedentes necesarios para reconocer la legitimidad de los créditos, y que en consecuencia, de esos datos carece la ciudadadía de Ultramar, como por la imposibilidad material en que ya los interesados se encuentran de dirigir sus peticiones a la misma, para que ella después las remita a esta Isla.

Por lo que concierne a los abonados expedidos a favor de comerciantes y particulares, como en esta materia, como en todas las demás, es la que debe decidir, determinando la inmediata admisión de todas las reclamaciones de individuos residentes en estas provincias, sin sujetarlas a aquel innecesario trámite, tanto porque en esta Isla existen los antecedentes necesarios para reconocer la legitimidad de los créditos, y que en consecuencia, de esos datos carece la ciudadadía de Ultramar, como por la imposibilidad material en que ya los interesados se encuentran de dirigir sus peticiones a la misma, para que ella después las remita a esta Isla.

Por lo que concierne a los abonados expedidos a favor de comerciantes y particulares, como en esta materia, como en todas las demás, es la que debe decidir, determinando la inmediata admisión de todas las reclamaciones de individuos residentes en estas provincias, sin sujetarlas a aquel innecesario trámite, tanto porque en esta Isla existen los antecedentes necesarios para reconocer la legitimidad de los créditos, y que en consecuencia, de esos datos carece la ciudadadía de Ultramar, como por la imposibilidad material en que ya los interesados se encuentran de dirigir sus peticiones a la misma, para que ella después las remita a esta Isla.

Por lo que concierne a los abonados expedidos a favor de comerciantes y particulares, como en esta materia, como en todas las demás, es la que debe decidir, determinando la inmediata admisión de todas las reclamaciones de individuos residentes en estas provincias, sin sujetarlas a aquel innecesario trámite, tanto porque en esta Isla existen los antecedentes necesarios para reconocer la legitimidad de los créditos, y que en consecuencia, de esos datos carece la ciudadadía de Ultramar, como por la imposibilidad material en que ya los interesados se encuentran de dirigir sus peticiones a la misma, para que ella después las remita a esta Isla.

## REMITIDO.

Habana, 3 de Noviembre de 1932.  
Sr. Director de *La Voz de Cuba*.  
Muy señor mío y de toda mi consideración: Ruego a V. E. encarecidamente se digna hacer llegar a V. E. en su calidad de jefe de la Junta de la Deuda, la protesta justificada que un hecho público y criminal, le fuerza a establecer en el artículo 82 de la Ley de Guerra, a este en firme, al fin, y S. S. Q. B. S. M. D. *El Eco Militar*.

Como dueño de la acreditada marca de cigarrillos "El Gallo de Oro", que he establecido en la calle de la Reina n.º 20, he observado con la indignación justamente correspondiente, que en la venta de cigarrillos de otras fábricas, se empeñan en desacreditar la mía, suponiendo que mis cigarrillos son elaborados en el Hospital de Lazos, y a tal extremo llevan su temeridad y audacia







Ayuntamiento de Madrid